

CAPITULO XXIX.

Asuntos de Africa.--Proyeta Asam, dey de Argel, la conquista de Orán y de Mazalquivir. -- Sus preparativos. - Fuerzas de que dispone. - Sale la expedicion por tierra y llega cerca de los muros de ambas plazas. - Situacion de estas. - Comienza el sitio. - Toman los moros el fuerte de los Santos. - sale de Argel la escuadra del dey. - Se bloquean las plazas sitiadas. - El Conde de Alcaudete en Orán. - Don Martin de Córdoba en Mazalquivir. - Se asedia esta última plaza. - Ataques al fuerte de san Miguel. - Le abandonan los nuestros. - Varios asaltos á la plaza de Mazalquivir. - Repelidos todos. - Avistan los sitiadores los socorros de España. - Levantan el sitio. (1)

1565.

No iban á la sazón muy favorables los asuntos de España en las costas de Africa por lo que hemos visto en el capítulo XXII de aquesta historia. Habian desaparecido muchas de nuestras conquistas sobre las potencias berberiscas, y el reinado de Felipe II no habia sido mas feliz en esta parte que el último periodo del de Carlos V. Florecian ó por mejor decir se aumentaba la audacia de aquellos Estados tan poderosamente protegidos por Soliman II, enemigo formidable de la cristiandad, tanto en tierra como en el seno de los mares. Ya hemos visto el poder adquirido por el famoso corsario Barbaroja, y el que en aquel tiempo desplegaba Dragut, de su misma condicion y antecedentes. Se consideraba éste como uno de los principales capitanes de mar al servicio de la Puerta, y ya obrando bajo sus inmediatas órdenes, ó

(1) Cabrera, Herrera, Marmol, Carvajal, Ferreras y otros.

por sus propios intereses, habia conseguido establecerse en Trípoli como soberano, mas siempre bajo la independencia de los turcos. Habian sido infructuosos los esfuerzos del rey de España para recobrar esta importante posesion, siendo acompañado este revés con la derrota sufrida en los Gelves y la pérdida de esta fortaleza. Continuaba en toda su actividad la guerra entre los españoles y los Estados berberiscos, cuyas inteligencias con los moriscos de Granada y sobre todo con los que habitaban el reino de Valencia llamaron la atención del gobierno, hasta el punto de espedirse una órden para desarmar y recoger las armas de todos los de esta última provincia. No descuidaba el rey católico, en medio de los graves y complicados negocios que en tantas partes le ocupaban, las costas de Africa; mas por mucho que fuese su poder, no siempre correspondian los medios á sus intenciones. Las dos plazas de Orán y de Mazalquivir, las solas que con el fuerte de la Goleta ocupábamos en aquellas costas, no se hallaban con bastante guarnicion, y con todos los pertrechos de guerra que necesitaban, en vista de tan activa y tan enconada hostilidad de los mahometanos, circunstancia que les dió aliento para emprender un sitio famoso que vamos á describir, aunque de un modo muy sucinto.

Gobernaba entonces en Argel Asam ó Hascem, hijo y heredero del famoso Barbaroja, que habiendo sido expelido de su trono, y vuelto á recobrarle con auxilio de los turcos, quiso señalar su nuevo poderío con una expedicion, que, agrandando sus dominios, le hiciese grato á sus poderosos protectores. Echó, pues, los ojos sobre las plazas de Orán y de Mazalquivir, tan próximas á su capital, y proyectó seriamente su conquista, pareciéndole la ocasion muy oportuna, tanto por el estado en que se hallaban, como porque sabia muy bien que el rey don Felipe estaba empeñado en negocios muy urgentes. No olvidemos que por aquel tiempo comenzaban á fermentar los disturbios en Flandes, y habia estallado la guerra civil en Francia entre los católicos y calvinistas;

siendo este movimiento casi de no menos interés para Felipe, que el estado de confusion en que se hallaban algunos de sus Estados propios.

Constante el dey de Argel en su propósito, y despues de tomar las medidas convenientes para darle término, comunicó sus ideas á los alcaldes, xeques ó emires de los puntos inmediatos, de Tremecén, Túnez, Constantina y Miliana, proponiéndoles, en nombre del Gran Turco, que le auxiliasen á emprender una conquista de tanta gloria y provecho para los fieles sectarios de Mahoma. Oyeron con gusto dichos jefes la proposicion, y cada uno ofreció su persona y las fuerzas de que pudiese disponer para el logro de la empresa.

A mas de veinte y cuatro mil hombres de tierra ascendió el contingente que presentaron estos caudillos para el sitio proyectado. Abundaba el ejército en caballeria, y no faltaban piezas de gruesa artilleria de batir, con sus municiones y pertrechos necesarios.

Mientras tanto se preparaba en el puerto de Argel la escuadra que debia proteger y auxiliar aquella empresa. El punto destinado para la reunion de las tropas, fué el rio Cirite, cinco leguas distante de las dos plazas mencionadas.

Se hallan Orán y Mazalquivir muy próximas una á otra, como ya llevamos dicho, con muy fácil comunicacion entre las dos, sobre todo, por mar, siendo puertos ambas. Está la primera mas internada en el seno que allí forma el mar; y se puede decir que dependia su suerte de la que cupiese á la segunda, como punto ayanzado sobre un promontorio. Así se vió bien claro en el curso del asedio. Era gobernador el conde de Alcaudete, quien al recibir avisos de la proyectada expedicion, dió parte al rey, pidiendo auxilios, tanto de gente, como de municiones y de víveres; no descuidándose por su parte de tomar todas las medidas, para poner las plazas en el mejor estado de defensa.

La mayor parte de las galeras del rey de España es-

taban entonces en Cerdeña, en Nápoles y en Sicilia. Solo habia disponibles algunas que se hallaban en Cartagena, Valencia y Barcelona. Escribió el rey á todos estos puntos, con órden de que se pusiesen inmediatamente en marcha para las plazas que iban á ser sitiadas, ó que lo estaban ya en efecto, llevando consigo cuantas municiones y pertrechos estuviesen en sus medios. Tambien escribió á los proveedores de Málaga, que enviasen inmediatamente víveres; y las mismas comunicaciones hizo á los vireyes de Sicilia y Nápoles, al gobernador de Milan, al Gran Maestre de Malta, á los duques de Florencia y Saboya, á las repúblicas de Génova y de Venecia; lo que prueba la grandísima importancia que daba á la defensa de estas plazas, y lo desprevenido que en cierto modo le cogia la grande intentona de los berberiscos.

A principios de abril de 1565, se movió de Argel Asam al frente de sus tropas. Quinientos genizaros, y otros tantos turcos ordinarios, le acompañaban como guardia de su persona. Se dirigió en seguida á Mostagan, y pasando despues á Mazagran, llegó al rio Cirite, punto general de reunion para todas las tropas llamadas al asedio.

Allí se reunieron en efecto todas, con sus xeques ó caudillos ya enunciados. Nada faltaba; ni piezas de batir, ni municiones, ni víveres, ni, sobre todo, entusiasmo y gran codicia de arrancar tan rica presa de las manos de los españoles. Despues de reunidos todos, y completar los preparativos necesarios, se movió el campo, y se situó en Aceñuelas, á una legua de las plazas.

Ofrecen los asedios de estas muy poca variedad en el relato de sus pormenores, ora sea la lucha floja, ó muy reñida y obstinada. En el primer caso dan lugar pocos incidentes; en el segundo, son cuadros repetidos de audacia, de arrojo, de obstinacion y ferocidad por ambas partes. No seremos por lo mismo difusos en esta narracion; mas en realidad, el sitio en que nos ocupamos actualmente, adquirió derechos de ser célebre.

Habia reparado y aumentado el conde de Alcaudete las fortificaciones de la plaza, encargando al mismo tiempo la defensa de Mazalquivir á su hermano don Martin de Córdoba. Eran bastante escasas las fuerzas de uno y otro, y estaban muy lejos de ser abundantes las municiones y los víveres. Ascendia la fuerza á mil y quinientos hombres, y el material á noventa piezas de artillería y quinientos quintales de pólvora, con sus correspondientes balas.

Antes de formalizarse el sitio, quiso hacer una salida el conde de Alcaudete, para embarazar al menos á los enemigos, é impedir que se acercasen; mas no hallándose con fuerzas suficientes, retrocedió á la plaza, sin emprender operacion alguna; dando con esto lugar á que Asam se arrimase con su gente á las murallas, y comenzase la obra del asedio. Fué la primera embestida de éste contra el fuerte llamado de Los Santos, algo separado de la plaza, con la que interceptó toda clase de comunicaciones. Se defendió el fuerte con obstinacion; mas no pudiendo resistir al escesivo número, tuvo que rendirse, quedando la gente prisionera.

Ya hemos hecho ver que Mazalquivir, como punto en cierto modo mas marítimo que Orán, le sirve de resguardo. Fué, pues, el principal objeto de Asam, para rendir la segunda, comenzar por la primera; y así, dejando al frente de Orán un cuerpo fuerte de observacion, pasó á ponerse delante de Mazalquivir, donde comenzaron las operaciones en grande, pues el fuerte de Los Santos, ya ganado, no era de grande consecuencia.

Para tomar á Mazalquivir, habia que comenzar por el fuerte de San Miguel, que la domina. Allí dirigió el de Argel sus ataques, pero con muy poco fruto. Dos asaltos resistieron los cristianos, con pérdida de doscientos genízaros y turcos, y veinte solos de los nuestros. Mas volvemos á recordar al lector la suma desconfianza con que deben recibirse el número de muertos, de heridos, de prisioneros, tratándose de guerras y batallas,

por las exageraciones á que da lugar el espíritu de partido ó la ignorancia. Tambien se debe tener presente que los historiadores de estas guerras son todos cristianos, es decir, gente de uno solo de los dos partidos.

Mientras estas operaciones, salió de Argel la escuadra de Asam, con direccion al teatro del sitio; mas habiendo experimentado vientos contrarios y una tempestad, tuvo que volver al puerto para rehacerse. Con esta dilacion, desmayaron algun tanto las operaciones de Asam, desprovisto de este auxilio. Por fin, habiéndose reparado las averías en Argel, salió otra vez la flota al mar, y llegó sin contratiempo á la vista del Mazalquivir, compuesta de veinte y seis buques, dos galeotes y cuatro navios franceses, muy provista de artillería, municiones y víveres, y muchísima gente de refuerzo.

Teniendo así bloqueada á Mazalquivir por tierra y mar, volvieron á su vigor las operaciones de los sitiadores. Intimó Asam la rendicion al fuerte de San Miguel, ofreciendo á los sitiados las haciendas y las vidas. El parlamento fué recibido á balazos por los nuestros, con lo que dieron los argelinos otro asalto, mas funesto para ellos que los dos primeros, habiéndose incendiado las faginas en el foso, con lo que se aumentó el estrago de la pérdida. Otro asalto, y aun otro, dió Asam con igual poco fruto, habiendo quedado en el foso el alcaide de Constantina entre los muertos. Deseoso el dey de Argel de hacerse con el cadáver de este personaje, envió un parlamento á don Martin de Córdoba, pidiéndole permiso para retirarle, ofreciéndole en recompensa no renovar sus ataques sobre el fuerte. Accedió don Martin, y el cadáver del alcaide de Constantina fué recogido por los moros. Mas Asam no cumplió su palabra de suspender los ataques; pues á los dos dias se dió otro asalto, que no tuvo mejores resultados que los anteriores.

A pesar de tanta resistencia, ó por lo mismo de ser esta obstinada, se hallaba el fuerte de San Miguel en grande apuro. Comenzaban á faltar las municiones y los

viveres. Los reparos se hallaban en muy mal estado. Al principio del sitio habia mandado cuatrocientos hombres de refuerzo don Martin de Córdoba, mas no eran suficientes. Los moros tenian interceptado el fuerte del cuerpo de la plaza y hacian imposibles las comunicaciones. Otros cien hombres, mandados por don Francisco de Cárcarmo, pudieron llegar á duras penas. Mas el fuerte se hallaba en la estremidad, y á no recibir grandes socorros, no podia menos de rendirse. Ocho hombres que se pudieron descolgar por el muro para llevar la noticia á don Martin, fueron cogidos por los moros, á excepcion de uno que pudo llegar á su destino. Informado don Martin del estado de las cosas, envió orden á los del fuerte de que se retirasen. Mas ellos ya se habian anticipado á su disposicion, descolgándose de los muros cubiertos con las tinieblas de la noche. Así llegaron todos salvos á la plaza de Mazalquivir, donde los recibió el gobernador haciendo elogios de su bizarría

Ocupado el fuerte de San Miguel por las tropas de Asam, volvió éste sus ataques sobre el cuerpo de la plaza, creyéndola ya de poca resistencia con la expugnacion de un punto tan interesante. Mas don Martin de Córdoba estaba prevenido por su hermano, y se habia preparado para recibir á los contrarios.

Se acercaba mas y mas Asam á los muros de la plaza. Construyó sus baterías y abrió trincheras para ponerse á cubierto de los tiros de los sitiadores, mas estos le desmontaron dos piezas y comenzaron haciéndole gran daño, sin que Asam pudiese ofenderles, ocupado como estaba en sus preparativos.

Deseando venir á términos mas amistosos con los sitiados envió otro parlamento á don Martin, ofreciéndole las capitulaciones mas honrosas si le abrian las puertas de la plaza, al mismo tiempo que le hacia ver el mal estado en que se hallaba por falta de reparos y de artillería. Don Martin le contestó con entereza que aquella plaza del rey de España se defenderia por él y los suyos hasta terminar

la vida, y puesto que en tan mal estado se encontraba, viniesen los enemigos á asaltarla.

Dispuso al efecto Asam un asalto general, haciéndolo él por un lado con seis mil hombres y por el otro con el mismo número los alcaides de Sargel, Mostagan, Constantina y Bona. El asalto fué furioso; pero la obstinacion de la resistencia correspondió á la viveza del ataque. Mas de mil y quinientos enemigos quedaron en los fosos, precipitados la mayor parte en el acto de escalar los muros. En medio de lo mas vivo de la refriega, sobrevino una tempestad que aumentó los apuros de los sitiadores y los estragos de la retirada. Otros ataques siguieron con iguales desastres de los asaltadores.

Las pérdidas de los enemigos eran grandes, y aunque los historiadores exageren, se puede imaginar la mucha mortandad en vista de tantos asaltos infructuosos. Para que la gente no se inficionase, tuvo que recurrir Asam al expediente de quemar los muertos. Los viveres tampoco andaban muy abundantes en su campo. Comenzaban las tropas, unas á desmandarse, otras á perder las esperanzas del rico botin, con cuya idea habian venido tan entusiasmadas. Por otra parte no podia desconocer Asam, que noticioso el rey de España del sitio de las plazas de Orán y de Mazalquivir se apresuraria á socorrerlas con medios eficaces.

Era la esperanza de este próximo socorro la que alentaba al conde de Alcaudete y á su hermano don Martin en medio de los conflictos que los aquejaban. A pesar de la incomunicacion completa en que los sitiadores los tenian, no dejaban de recibir algunos avisos de que se estaban aprestando los refuerzos que habian tantas veces reclamado. Dos ó tres embarcaciones cargadas de viveres y armas habian podido escapar de la vigilancia y persecucion de los contrarios, llegando felizmente á su destino. Algunos renegados del campo contrario daban noticias á la plaza del mal estado de los sitiadores, escasos ya de viveres y con enfermedades debidas á la estacion calorosa

en que las operaciones se emprendian. Con estas esperanzas se mantenía firme en medio de tantos padecimientos el ánimo de los sitiados, mientras Asam se hallaba inquieto y hasta enfurecido con la dilacion del sitio, aumentándose sus inquietudes con las noticias que tenía de la próxima llegada del socorro.

No habían sido espedidas en vano las órdenes del rey de España, relativas á los preparativos del refuerzo. Para el mando de todas las galeras que se allegaban en España, nombró á don Francisco Mendoza, que desde Málaga pasó á Barcelona para disponer las cinco que allí se estaban fabricando, y de este punto á Cartagena, designado como el de reunion de todas las fuerzas navales de la empresa. En Italia muchos gobernadores se anticiparon á las órdenes del rey, tomando por sí disposiciones cuando tuvieron noticia del sitio de ambas plazas. Entre ellos el virey de Nápoles, duque de Alcalá, aprestó las cuatro galeras de aquel reino: envió aviso á Juan Andrés Doria, para que trajese de Génova las doce suyas; previno á Antonio Pascual Lomedin acudiese con sus cinco, y avisó al duque de Sesa, gobernador de Milan, para que alistase dos mil alemanes que debían embarcarse en ellas. Acudieron en efecto las galeras á Nápoles donde el virey hizo embarcar dos mil españoles al mando de don Pedro de Padilla, nombrando por general de todas las galeras á don Sancho de Leiva. Tomó este jefe con ellas la direccion de las costas de Génova; hizo embarcar en el puerto de Spezia los dos mil alemanes que había alistado el duque de Sesa, y se dió á la vela para Barcelona. Allí llegaron asimismo tres galeras equipadas y armadas por el duque de Medinaceli, virey de Sicilia, mandadas por don Fadrique de Carbajal: cinco que dió el gran maestre de Malta, mandadas por el prior de Barleta, y tres del duque de Saboya por el conde de Sofrasco. Pasó toda esta fuerza naval de Barcelona á Cartagena, donde se hallaba don Alvaro Bazán con cinco galeras, y el abad de Lupian con otra, haciéndose reunido además en dicha

plaza muchos voluntarios de familias nobles de Castilla, Valencia y Aragon, deseosos de hacer parte de la empresa.

Mientras se disponía á hacerse á la vela este armamento respetable, sabedor ya el dey de Argel de la proximidad de su llegada, mandó dar otro asalto á la plaza de Mazalquivir, que tuvo por parte de los sitiadores el mismo resultado que los antecedentes.

Irritado con este desaire de sus armas y perplejo además sin saber ya el partido que tomar, convocó un consejo de guerra para que se deliberase si convenia abandonar el sitio, ó probar otra vez la suerte de otro asalto. Se inclinaron los mas á que se emprendiese una pronta retirada; mas algunos pocos que conocian el estado de ánimo de Asam, con quien querian congraciarse, opinaron porque se atacase de nuevo á la plaza, aprovechando oportunamente el poco tiempo que mediaba hasta la llegada del refuerzo.

Prevaleció esta última opinion, que era tan del gusto del dey de Argel, y para el 2 de junio de 1563 se dispuso otro asalto por tierra y por mar sobre la plaza de Mazalquivir, siendo esta ya la quinta embestida por parte de los turcos.

Se verificó efectivamente dicho ataque, en que Asam empleó por tierra y por mar toda la fuerza disponible. Don Martin de Córdoba, sabedor del asalto, había tomado las disposiciones necesarias. Toda la gente se preparó para el combate, habiéndose confesado y comulgado antes segun práctica constante en estos lances durante la época que describimos. Recorrió don Martin de Córdoba las filas con un Crucifijo en la mano exhortandolos á que combatesen con su valor acostumbrado, anunciándoles que segun todos los avisos de socorro iba á ser el último aquel esfuerzo de su valentía. Respondieron los soldados con aclamaciones á la arenga de don Martin, y todos se pusieron en actitud de aguardar á los enemigos, que ya empezaban á moverse, y llenaban los aires con clamores y el estruendo de sus atabales.

Fué el ataque, si cabe, mas furioso que los anteriores: peleaban los moros poseidos ya de rabia; mas los repelieron los nuestros con su denuedo y constancia acostumbrados.

Ya hemos hecho ver la dificultad de describir con fidelidad pormenores en estas luchas desordenadas, en que se cede solo al instinto de un furor ciego, de una sed rabiosa de carnicería y matanza. La mayor parte de las pinturas que se hacen en estos lances son infieles, y por la mayor parte creaciones de la imaginacion de los historiadores. Ateniéndonos á los resultados, bástenos decir que los esfuerzos de los moros fueron infructuosos y que pagaron mas caro su osadía que en los asaltos anteriores. Quedó cubierto el foso de cadáveres. Fueron muchos precipitados de encima de los mismos muros donde tenían ya enarbolado el estandarte victorioso. Fué enorme la perdida de los enemigos. Los historiadores avalúan la nuestra en solo quince hombres, exageracion poco digna de escritos serios de esta clase. Entre los heridos se contó á don Martin de una pedrada ó mas bien de un fragmento de muralla que le tocó ligeramente.

No fué este asalto el último; tan enfurecido estaba Asam y tan rabioso por tomar la plaza. En esta ocasion se puso al frente de las tropas del asalto armado de alfange y lanza con casco y con adarga. En vano echó en cara á los suyos su cobardía en los asaltos anteriores al dar principio á este que dirigia en persona. Igualmente fué desastroso que los anteriores. Duró cinco horas y siempre con los mismos resultados.

Otro asalto se dió el 6 de junio: otro tuvo efecto el 7. Mas el 8 cambió de repente el semblante de las cosas.

El 6 de junio se habia dado á la vela la escuadra desde Cartagena. Ocupaba el centro el general en jefe don Francisco de Mendoza. Mandaba el ala derecha don Alvaro Bazan, y Juan Andrés Doria el ala izquierda. En esta disposicion se dirigieron á las plazas sitiadas sin detenerse un punto, sabiendo el grandísimo apuro en que

Mazalquivir se hallaba. El conde de Alcaudete recibió aviso de la venida por un buque destacado de la escuadra y que pudo eludir la vigilancia de los turcos llegando felizmente al puerto. El conde de Alcaudete lo comunicó á su hermano, y la noticia cundió al instante por las guarniciones de ambas plazas.

En la mañana del 8 no dudó ya Asam de que estaba encima la escuadra castellana, habiendo visto veinte galeras turcas que venian fugitivas con objeto de guarecerse entre las suyas. Mandó inmediatamente retirar á sus tropas que se disponian para un nuevo asalto, y tomó todas las disposiciones para levantar el campo. Empezaron efectivamente las tropas sitiadoras á emprender la retirada, tomando la vanguardia los turcos como tropa mas experimentada y aguerrida. Mandó Asam inutilizar y destruir cuantos efectos no pudo llevar consigo por la rapidéz indispensable de su movimiento, y para que los cristianos no se aprovechasen de sus piezas de artillería de batir, hizo dispararlas con triple ó cuádruple carga á fin de que reventasen. Sin duda no se usaba todavía el espediente de clavar las piezas.

Se verificaba mientras tanto la llegada de la escuadra. Imagínese el lector los sentimientos de alegría y entusiasmo con que seria recibido en Orán y Mazalquivir un auxilio que llegaba tan á tiempo, y habia sido tan ardientemente deseado. Las dos guarniciones de Orán y Mazalquivir, que habian estado por tanto tiempo interceptadas, se saludaron con las demostraciones del mas vivo regocijo. Resonaron en aquellas playas salvas de artillería y de arcabucería, mezcladas al estruendo de los clarines, con que unos y otros se daban el parabien de aquella reunion tan vivamente deseada.

Inmediatamente que el conde de Alcaudete y don Martin de Córdoba se vieron libres en sus comunicaciones, salieron juntos al campo con toda la gente de caballería que pudieron reunir, en persecucion de los sitiadores que, como hemos dicho, habian levantado el campo. Tam-